

**Diego de Estella y El Escorial.  
Primeras críticas a la soberbia del Rey**

**Jesús LLANOS GARCÍA**  
Universidad de Zaragoza



Uno de los elementos más característicos de fray Diego de Estella, el autor cuya exposición aquí analizamos, ha sido la sintomática carencia de instrumentos de conocimiento biográfico. Este punto es especialmente significativo por estar directamente relacionado con los aspectos que vamos a proceder a examinar. Es obvio de este modo que en este campo de estudio los problemas del autor con los estamentos de su época encontraron un reflejo opaco en la extraordinaria censura que se produjo sobre este franciscano. Este hecho es aseverado por diversos estudiosos, quienes certifican que su propia orden contribuyó a este proceso. De todos modos no deja de ser una característica extraña en un autor que ocupó los primeros puestos de ventas en los siglos XVI, XVII y XVIII, si bien en este último siglo hago ya referencia en exclusiva a su género.

Ante esta dramática carencia de datos biográficos uno de los intentos de solución se ha basado en el análisis de su producción literaria. Los escasos expertos en el tema coinciden en la negación de la presencia de estos elementos autobiográficos en las obras del navarro, y efectivamente no cabe sino recalcar que las alusiones autobiográficas directas no existen. Sin embargo, contrariamente a lo pensado, sí existen reflejos de la vida y tribulaciones cotidianas de este autor en sus obras, y de este modo constatamos cómo la cromalidad temática del P. Estella se adapta en diversos casos a sus vivencias. Encontramos así elementos muy personales, unos generales a estos autores didáctico-religiosos, como la temática de renuncia al mundo, y otros más particulares e intransferibles, las referencias a la brujería de su tierra en su época de crecimiento, las dedicatorias de los libros a sus amigos, las críticas a los prelados que corren como sátiros por la corte, referencias taurinas como expresión de una diáfana afición, etc. A partir de la constatación de esta concepción de presencia autobiográfica en su creación literaria desarrollamos este estudio.

Fray Diego de Estella da a las prensas toledanas el *Libro de la Vanidad del Mundo* en 1562, en un momento en el que el autor se encuentra en la cumbre de su carrera como predicador. La obra está dedicada a Doña Juana, infanta de las Españas y princesa de Portugal, hermana de Felipe II. Es ya su segunda dedicatoria a la realeza, y es evidente que el posible elemento promocional que este tipo de acciones solía ocultar quedaba ya desvaído, evidenciándose una cercanía a la familia real. Es más que probable que el autor llevase ya varios años ligado de un modo u otro a la corte, tras haber sido recomendado por Ruy Gómez, Príncipe de Éboli. En el preciso momento de publicación de esta obra el autor contaba treinta y ocho años, y tras diversas estancias junto a miembros de la familia real disfrutaba ya hacía algún tiempo del puesto de predicador y consultor teológico de Felipe II, un puesto lógico dado que el navarro era tenido en este momento por el predicador más insigne del país. Obviamente, en concordancia con el cumplimiento de sus funciones, el franciscano permanecería junto al Rey en el proceso de comienzo de construcción de El Escorial.

Si en algo coinciden todos los analistas del autor navarro es en la descripción de su carácter. Fray Diego de Estella es unánimemente calificado como un hombre austero, rígido, preocupado por la situación de su tiempo y poco amigo de favoritismos o desigualdades de cualquier tipo. En el *Libro de la Vanidad del Mundo* se producirá una sublimación expositiva de este carácter, constituyéndose la obra en su conjunto no sólo en un compendio doctrinal y didactista, sino igualmente en panfleto de denuncia de actitudes y vicios sociales, al estilo y como continuación de aquéllos desarrollados por los autores de literatura patristica por él venerados. De este modo, es evidente que en la *Vanidad* el autor viene a denunciar las faltas que cotidianamente, y obviamente en el entorno en el que se desenvuelve, ve, sin importarle la categoría social del infractor, y aún ensañándose en ella en algunos casos, dada la notoria repercusión social de tan elevados malos ejemplos. Consecuentemente, a nadie puede sorprender la reacción que se produce cuando sus palabras son detalladamente interpretadas y el destino final de las mismas correctamente identificado.

Las dos críticas más significativas presentes en la obra se dirigen a dos estamentos de poder supremos en la época. Hay en primer lugar una clara denuncia a la figura del obispo que abandona sus obligaciones, un tema común en su tiempo pero no por ello poco irritante, como vemos claramente en el análisis de las motivaciones de algunos

testigos del proceso de Carranza. La divergencia que presenta Estella al abordar esta temática es que la necesidad de residencia y el comportamiento de este segmento del clero será especialmente particularizado en las obras del franciscano, orientándose claramente hacia la figura, bien descrita y mal nombrada, de fray Bernardo de Fresneda, obispo de Cuenca, y, al decir de algunos, el ministro más influyente de Felipe II. Esta primera y más desarrollada crítica tendrá posteriormente una gran importancia, al lograr su destinatario relacionarla con la segunda, y contribuirá de manera decisiva en la reacción unificada contra el autor estellés. La segunda crítica era más suave pero tanto más peligrosa que la anterior, puesto que el destinatario encubierto sería identificado con el propio Rey. Curiosamente, y a pesar de la claridad de la exposición de fray Diego, la suerte se alió con el estellés, no siendo en un principio identificado el destino de sus críticas. Sólo el deseo de fray Diego de reparar los problemas narrados y su característica obstinación, de acuerdo con sus rígidos principios éticos, originarían su proceso de destrucción. De este modo, hasta el momento de producirse el envío por parte de fray Diego de una carta al Papa acompañada de la obra, cuyo contenido era sin duda orientativo hacia la correcta lectura exegética de los personajes y materias de la *Vanidad*, los elementos parecían comunes a tantos escritores didácticos.

En su cercanía al Rey, fray Diego de Estella contempló el proceso creador del monarca respecto a El Escorial. La enorme magnitud del proyecto, poco concordante con la idea que fray Diego tenía de las pretensiones de Felipe II, y la divergencia absoluta de la fabulosa obra con la caótica situación de un país con inmensas desigualdades y un amplísimo número de desposeídos, originaron primeramente la estupefacción, y posteriormente la crítica del religioso. El franciscano no podía concebir cómo el Rey Prudente, preocupado por su pueblo y por su religión, podía destinar gran parte del presupuesto nacional a la construcción de un palacio-monasterio que fray Diego identificaba con la realización física del orgullo del Rey. No era ya tan sólo que obviamente el estellés estimara que la situación de algunos sectores del país demandaba con más urgencia el oro destinado a El Escorial; el predicador real mostraba con su actitud negativa su honda preocupación por la salud espiritual del monarca creyendo que la obra no era sino el reflejo del pecado capital del Rey, la soberbia. Diversos capítulos de la *Vanidad* se convertían en reflexión pública de Estella, y la posteriormente extraordinaria difusión de la obra sería un altavoz sin igual.

El capítulo 35 de la primera parte de la obra es el comienzo de una crítica feroz que se prolongará durante varios capítulos, y que es iniciada por una cita bíblica que otorga a fray Diego la maquiavélica licencia absoluta que requiere para exponer su pensamiento sin temor a represalias que tomasen como base directa sus escritos:

«¡Ay de aquel que dice: edificaré para mi grande casa y aposentos espaciosos!, dice el señor.»

Y a continuación se desarrolla con claridad nítida el pensamiento del navarro respecto a la situación:

«Vanos son y locos lo que se jactan de grandes y suntuosas casas, y en esta breve vida.» «Aquel que tiene a todo el mundo en un puño está en un pesebre llorando, ¡y quieres tú morar en soberbios palacios de mármol!» «Morador eres del cielo y huésped sobre la tierra, ¿y labras suntuosos y nobles edificios en este destierro? Dios dice: «abominaré la soberbia de Jacob y aborrecí sus casas». «Los santos en el principio del mundo, que vivían setecientos y ochocientos años, moraban en cortijos y cabañas, y tú, en tiempo que las vidas son tan cortas, que ayer viniste y mañana has de partir, por dos días que eres huésped sobre la tierra, inventas aposentos, y trazas soberbios edificios, y muestras tu vanidad a los que pasan, para que vean que no eres cuerdo los que te solían tener por prudente. No tienes paciencia para encubrir tu vanidad.»

Cabe citarse que el sobrenombre del Rey Prudente ya se utilizaba en la época, no es un aditamento posterior, como prueba por ejemplo de manera pública la obra del religioso fray Gaspar de San Agustín, quien abordando la literatura de viajes titula una de sus obras *Conquistas de las islas Philipinas, la temporal por las armas del Señor Don Phelipe segundo el prudente, y la espiritual por los religiosos del orden de nuestro padre San Agustín*. Prosigue así la diatriba de fray Diego hacia el edificador de la que ya estaba siendo denominada octava maravilla mundial:

«De aquellos solemnes edificios que por su grande soberbia y vanidad fueron contados entre las siete maravillas del mundo, ya no hay memoria, ni ha quedado rastro ni señal, ¿y piensas tú de dejar en el mundo perpetua memoria de ti por las casas que labras? Tiempo vendrá, y no se tarda, cuando los palacios de los reyes, las altas torres, fuertes castillos y todos cuantos edificios hay sobre la tierra, caerán, y no

quedará de ellos piedra sobre piedra.» «Estando en el infierno, y todas tus obras destruidas, ¿qué será de todo lo que labraste? Vanidad de vanidades buscar la memoria de este siglo. Vanidad de vanidades poner tu honra en unas piedras mudas e insensibles. Pluguieses a Dios que el cuidado que pones en hacer en este mundo transitorio soberbios edificios, que le pusieses en edificar casa en el cielo.»

«No te fatigues como niño haciendo casillas de barro y de tejuelas, pues te crió Dios para aposentarte en los palacios del cielo.» «Mejor se camina de una pequeña casa al cielo que de un soberbio palacio.» «Mandaba Dios que su altar fuese edificado de piedra tosca y sin ninguna labor, en lo cual condena los bruñidos jaspes, imaginerías y vanos edificios nuestros. Alaban los simples estos edificios exteriores, y maravillanse de estas vanidades.»

«Si tienes grandes casas que heredaste, haz que el morador de tus buenas casas que sea bueno.» «Verás muchas grandes casas por acabar, que se quedaron así imperfectas porque los señores que las mandaron hacer murieron antes que las acabasen.» «Edifica casa en el cielo, gastando en las piedras vivas, que son los pobres de Jesucristo, lo que gastas vanamente en las piedras insensibles, para que halles casa perpetua entre los moradores celestiales, donde para siempre vivas.»

Siguiendo con su crítica en el capítulo siguiente, también recuerda fray Diego otro majestuoso episodio de soberbia equiparable a éste, la construcción de la Torre de Babel (Vanidad, I, 36), y con una característica intención narra:

«Venid, edifiquemos una ciudad, y una torre que llegue hasta el cielo, y celebremos nuestro nombre y memoria, dijeron unos mundanos los unos a los otros. Confundió Dios las lenguas y deshizo su vano y loco edificio, y destruyó su memoria».

Una de las características literarias más fácilmente identificables en el estellés es su hábito de afrontar una determinada temática, tal como la que trata en este caso, a través de un bloque continuo de capítulos, que orientan al lector con claridad del tema tratado. En este caso la temática de la crítica a la construcción del Rey se prolonga desde el capítulo 35 hasta el 37 en esta ya citada primera redacción de la obra, datada en 1562. Examinados los dos primeros capítulos, el postrero nos sigue advirtiendo (Vanidad, I, 37):

«Si hubieras de estar mucho tiempo, no me maravillara que edificaras altas casas y te proveyeras de muchas cosas. Pero siendo tan

breve la vida, y tan incierta la hora de la muerte, que no sabes si llegará mañana, mereces áspera reprensión si echas mano de las cosas del mundo como si hubiesen de permanecer.»

«Los que pasando por reinos extraños van para su propia casa, no compran de camino cosas que no pueden llevar consigo, como son bienes raíces, sino joyas y otros muebles ricos, que lleven a su tierra. Acuérdate que eres peregrino y extranjero, y que ninguna cosa de las de esta vida podrás llevar contigo. Aquí quedarán todas tus honras y riquezas. Las buenas obras podrás llevar. ¿Para qué te fatigas por comprar y haber cosas que se han de quedar en el camino? ¿Por qué quieres ser aquí rico y abastado caminando tan aprisa, y después en tu casa, donde has de estar siempre, vivir pobre y muerto de hambre? Compra ricas joyas de méritos en esta peregrinación, porque llegarás a tu casa rico, y vivirás después próspero y honrado en el cielo.»

Como hemos avanzado, la obra es enviada a Roma al comienzo de su difusión. La carta que la acompaña, y que, al no conservarse, sólo conocemos por las contestaciones y comentarios al respecto, es la clave de su interpretación. Si bien las identificaciones son obvias, la abundancia de obras similares y la característica generalización metafórica de la época demandaban la orientación que los propósitos de fray Diego buscaban. Sintomáticamente, la concepción que fray Diego tenía del papado, que consideraba como un cargo político, nos ayuda a comprender que las maquinaciones, las disputas en la corte entre religiosos, y los puestos y pensamientos de los hombres de Dios discurrían en un campo muy lejano del teológico, espiritual o de costumbres, abarcando los brumosos entramados políticos.

A modo de conclusión cabe tan sólo reseñar que las consecuencias de los arriesgados movimientos del franciscano estellés fueron catastróficas, y el hostigamiento, sin posible respuesta, a su figura se tornó angustioso y sin duda irritante para el ya por entonces primogénito de los condes de San Cristóbal. Los resultados de esta campaña en el espíritu de fray Diego no se hacen esperar, y pronto se constata un proceso de amargura en el estellés que le conduce a una brutal autocrítica: *«mejor pobre que rico, pequeño que grande, idiota y humilde que letrado vano y soberbio. Más valdrá la limpia conciencia que haber predicado grandes y profundos sermones. Mejor penitente que sirviendo tus apetitos»*. Según la correlación, y siguiendo su habitual dictado, él mismo se aplica la letra.